Nueva Sociedad Nro. 146 Noviembre-Diciembre 1996, pp. 102-107

Pertinencia de la educación superior latinoamericana a finales del siglo XX

Hebe Vessuri

Hebe Vessuri: Antropóloga venezolana, investigadora del Departamento Estudio de la Ciencia del Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas (IVIC). Especializada en sociología de la ciencia y la tecnología, es autora de diversas publicaciones sobre la interfase ciencia/educación superior, entre ellas ***La academia va al mercado. Relaciones de científicos académicos con clientes externos*** (con otros autores), Fondo Editorial FINTEC, Caracas, 1995; y ***La contribución de las universidades latinoamericanas a la IyD***, Columbus/FINTEC, Caracas (en prensa).

Palabras clave: educación superior, universidad, América Latina.

Nota: Este texto se basa en una presentación a la Mesa Redonda sobre Educación Superior, VII Conferencia Regional de Ministros de Educación de América Latina y el Caribe, Kingston (Jamaica), mayo de 1996.

Resumen:
Ante los importantes y diversos cambios experimentados en las sociedades latinoamericanas en el pasado, la universidad, tanto en su figura institucional como en su actividad académica, docente y de investigación, se ve enfrentada a diversos desafíos de adecuación. La multiplicación de clientelas, la competencia de otras instancias de saber y formación, la presión de la lógica comercial y empresarial, las demandas de mayor transparencia pública, el aumento del ritmo y del costo de la renovación de conocimientos, son algunos de los temas que se agregan a otros viejos y conocidos asuntos pendientes de resolución.

Introducción

El adjetivo «pertinente», en la definición de diccionario, se refiere a lo ***apropiado*** de un argumento o actividad y se relaciona, en su raíz etimológica, a la noción de «pertenencia» a algo. Es en este sentido que se vuelve a plantear el tema de la «pertinencia» de la educación superior en el presente en las sociedades latinoamericanas, como consecuencia de los profundos cambios sociales, políticos y económicos experimentados en el pasado reciente. Es un problema histórico, que hoy se da en circunstancias cambiadas, relacionado con presiones y la necesidad de ajuste a condiciones nuevas. La pregunta envuelta es: ¿se

adecua la educación superior a las realidades y necesidades de nuestras sociedades en este fin de siglo?

La educación superior no se reduce exclusivamente a la formación de grupos de elites intelectuales. De hecho en América Latina sólo en muy pocas instituciones y momentos de su historia la educación superior se dedicó a la formación de elites. Lo que se observa es que en este aspecto crucial, en lugar de disminuir la dependencia respecto de los centros mundiales, ésta ha aumentado, dificultándose así la posibilidad de crear sentimientos y valores de identidad, responsabilidad e idoneidad técnicocientífica-humanística relacionados con los medios nacionales y regionales, con lo cual el riesgo es que se continúe y profundice el desfasaje o falta de pertinencia de las elites respecto de sus sociedades.

Las nuevas «presiones» o demandas de la sociedad actual sobre la educación superior llevan a cuestionar la adecuación de las instituciones, particularmente de las universidades, que han tenido y tienen peso tan grande en el sector, señalándoseles inadecuaciones en: 1) el nivel y el tipo de formación; 2) la vinculación de los programas de estudio a los problemas de la sociedad; 3) los temas de investigación; y 4) una situación de aislamiento que amenaza con crear «torres de marfil».

Visión de los gobiernos y los políticos

Gobiernos y políticos teóricamente esperan que la educación superior, y en particular las universidades, les sirvan en las finalidades para las cuales se supone están calificadas. La expectativa es que contribuyan a mejorar la posición competitiva de la nación en el mercado mundial y en el desarrollo económico local y regional; que lleven adelante la formación de recursos humanos, el adiestramiento de personal técnico y de servicio, la producción de conocimientos en ciencia y tecnología, la investigación, la actualización de conocimientos existentes (humanidades, pensamiento crítico). Las demandas pueden resumirse en un mayor compromiso con el trabajo práctico de la sociedad.

Aquí se observa un cuestionamiento, a veces implícito, otras explícito, de la visión tradicional de las universidades según la cual estas instituciones son las que saben –en virtud de su autoridad cognitiva y por tanto sin necesidad de asesoramiento de nadie ajeno a ellas– cómo servir mejor los objetivos públicos y académicos. Actualmente los gobiernos y los políticos proponen nuevas pautas de trabajo a la universidad. Todo esto es bueno, aunque no está exento de riesgos. Quizá el riesgo mayor es que las universidades se conviertan en meros «brazos del Estado». Cada vez se hace más difícil que ellas definan sus propias agendas, restringiéndose así su tradicional autonomía intelectual. Mantener cierta distancia prudencial pero aceptando más participación social pudiera ser la regla dorada.

Se necesitan estrategias creativas, el diseño de divisiones de tareas con el surgimiento de otras instituciones de educación superior novedosas que pueden asumir una parte de la demanda social, para que las universidades puedan cumplir con las exigencias fundamentales, tanto de creación de conocimientos (investigación y desarrollo) como de la formación de jóvenes en los campos más avanzados del conocimiento, para que nuestros países puedan ser partícipes del conocimiento mundial. No se trata de buscar formar Premios Nobel, sino tal vez de adiestrar buenos empresarios y docentes para asegurar la futura prosperidad de nuestros países.

Es necesario aceptar el riesgo de tomar decisiones fuertes, pero para ello debe haber una sólida ética académica en la institución universitaria. En América Latina, en muchos contextos, esa ética académica es justamente la que está en crisis. Los cambios necesarios exigen una excelencia demostrada, el repensar la distribución de los recursos y programas de formación e investigación sensibles al contexto social general.

El mercado

En la última década, América Latina ha vivido un cambio de concepción muy marcado en la cultura académica. Profesores y autoridades están cada vez más dispuestos a abrazar la nueva cultura de la explotación de la investigación para el lucro comercial. En los medios más variados se encuentra una predisposición a orientar la educación superior hacia la producción inmediata de beneficios económicos a través de la investigación precompetitiva, la transferencia de tecnología, el adiestramiento y reentrenamiento de profesionales, etc. Esto ha incrementado la relación con el sector productivo y el mercado de servicios.

Sin embargo, como selector de proyectos para apoyo financiero (y recordemos que la zanahoria siempre es más efectiva que el garrote) el mercado introduce nuevos sesgos, estímulos, concentraciones de poder y recursos, a veces sin que las instituciones de educación superior sean concientes de sus implicaciones hasta que es demasiado tarde. Se necesita prestar mayor atención a una planificación universitaria diferente de la tradicional, flexible, permeable a las condiciones complejas y cambiantes de este fin de siglo.

Las presiones financieras

Los costos de la educación superior aumentan, y más aún en aquellas instituciones que realizan actividades apreciables de investigación científica, tecnológica o humanística. Una consecuencia es la inevitabilidad del escrutinio público cada vez mayor de la gestión

financiera universitaria. La presión por la rendición social de cuentas se hace más intensa. Otra consecuencia es una mayor concentración de la actividad de investigación en un menor número de instituciones. Una tercera es el aumento del peso de los administradores, junto con una reducción de la participación de los académicos en la toma de decisiones de instituciones que deben ser cada vez más eficientes desde el punto de vista económico.

Si las universidades son la «institución axial» de las sociedades contemporáneas basadas en el conocimiento, debemos suponer que su independencia está más sometida a las presiones de los agentes que desean influir sobre esas sociedades, sean éstos gobiernos, industrias o grupos de presión. En cualquier caso, lo que vemos es la declinación de la autonomía intelectual y no sólo administrativa de las universidades ante su mayor apertura a la sociedad.

La cultura circundante

A diferencia del pasado, hoy no hay consenso popular sobre el prestigio que da un grado universitario o la educación universitaria. No existe un respeto incuestionado hacia la universidad como institución o hacia los hombres y mujeres altamente educados. Esto resulta irónico, pues habiéndose creado las sociedades más educadas de la historia, habiéndose asignado recursos económicos sin precedentes para la provisión de educación a todos los niveles, las universidades han perdido mucho del prestigio de que antes gozaban. Parte del cambio se debe al propio éxito de la universidad en responder a las demandas de conocimiento más especializado y sofisticado. En el camino se perdió la base común de conocimiento y experticia. Se perdió la idea del rol educativo general, formativo, de la universidad, que se disuelve hoy en actividades especializadas. Ya no se habla de dos culturas, científica y humanística, como las analizadas por el físico y novelista británico C.P. Snow en su obra «Las dos culturas y la revolución científica» de 1959. Ahora suele reconocerse la existencia de varias culturas incomunicadas en una misma institución, acompañando la profesionalización y especialización creciente de los saberes.

Muchos de los problemas que enfrentan las universidades son autoinfligidos y surgen de su interior, como resultado de su adaptación a procesos sociales previos y desarrollos de su propia dinámica, que dificultan su adecuación a los cambios más recientes.

a) Quizá la pérdida más marcada es la de la llamada por unos «ciudadanía académica» y por otros «***ethos*** académico». Un número creciente del personal académico está preocupado sólo por su propia carrera (sea ésta asegurar el salario o una verdadera carrera científica).

La nostalgia del pasado puede hacer perder de vista las oportunidades y ventajas del presente y futuro.

b) También está la consecuencia del cambio del rol educativo anterior al rol de adiestramiento. La educación se ve subordinada crecientemente al adiestramiento, y esto se plasma ya en la aparición de organizaciones más jerárquicas y disciplinadas, más eficientes y empresariales, con una menor participación de los académicos en la toma de decisiones.

c) La sindicalización agresiva de las instituciones donde predomina la docencia/adiestramiento lleva a ventilar asuntos del mundo académico en otros espacios, les da una visibilidad social no necesariamente deseable, y las hace más vulnerables.

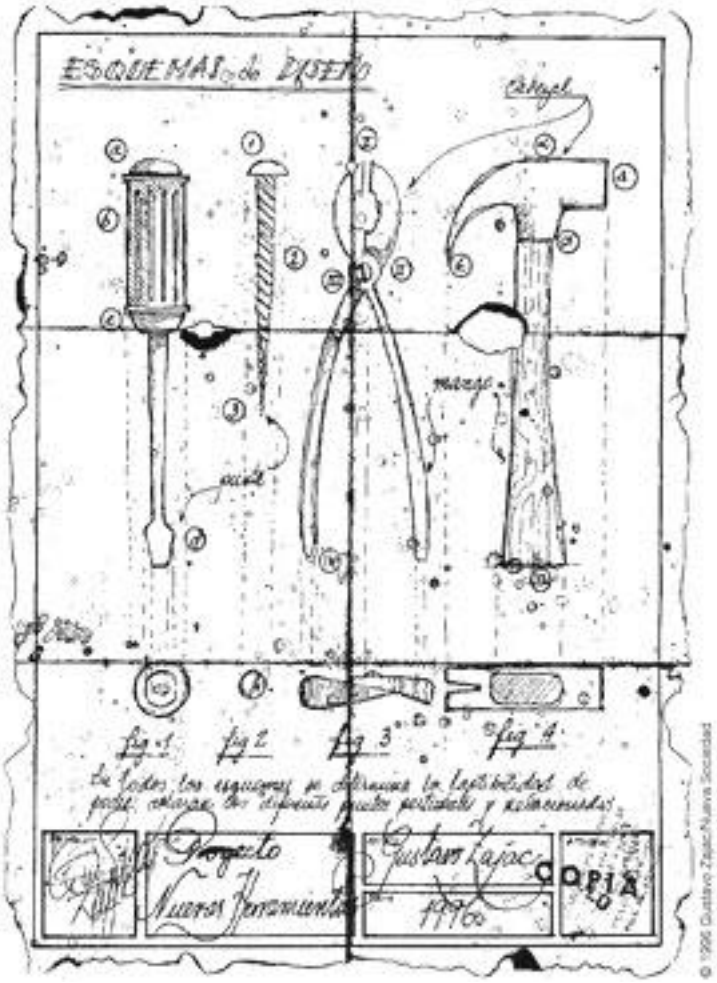
d) La diferenciación (heterogeneización) de la clientela estudiantil y docente, que muchas veces no tiene expectativas claras respecto a las instituciones universitarias o ninguna expectativa, hace más difícil tener una imagen unívoca de los objetivos de la educación superior.

e) La propia dinámica disciplinaria y el hecho que la investigación científica haya estado ubicada mayoritariamente en las universidades, marca en su propia evolución nuevas tensiones, en vista de los cambios en la organización y función social de los laboratorios.

Las estrategias deben ser diferentes para los distintos segmentos de la educación superior. Las instituciones de educación superior no universitaria deben mantener o alcanzar niveles adecuados de calidad atendiendo a nuevas demandas de adiestramiento. Entre las instituciones de educación superior, las universidades son probablemente las que enfrentan los desafíos más grandes en relación con la pertinencia social. Para evitar que los rasgos fundamentales de las universidades se vean aplastados por la amplia gama de actividades prácticas hacia las que pudieran inclinarse exageradamente, deben manejarse estrategias de equilibrio y flexibilidad, sin perder de vista sus objetivos básicos: producir conocimientos y formar a los futuros productores de nuevos conocimientos. No hay casi instituciones alternativas para estas dos tareas. Son, por lo tanto, una responsabilidad ineludible de las universidades, sin que esto signifique que deban convertirse en «research universities», como se llama a algunas instituciones en los Estados Unidos en las que una parte muy sustancial de la actividad institucional se vuelca a la producción de conocimiento nuevo.

A medida que declinan la autonomía académica y la apertura científica dentro de la «república de la ciencia» como reguladores internos de las formas de producción del saber organizado en una sociedad, asciende y gana en importancia y urgencia la apertura de la ciencia como relación externa dirigida hacia el público, hacia la sociedad. En relación con la

opinión pública, esta nueva apertura es un desafío serio, que requiere el patrón institucionalizado de intercambio de información honesto y abierto sobre cuestiones de legítima preocupación pública. En esta área hay mucho espacio para la responsabilidad individual y colectiva. Además, la apertura en este sentido no sólo será compatible con las nuevas demandas sobre las instituciones de conocimiento sino que se vuelve obligante si las instituciones universitarias van a sobrevivir a la creciente desconfianza social ante las consecuencias sociales y políticas de los resultados de la producción de conocimientos nuevos, no sólo científicos y tecnológicos sino también sociales y humanísticos. Asimismo, está en el propio interés de la educación superior expandir su responsabilidad en la dirección de trabajar hacia una base social/pública de mayor confianza. La apertura científica podrá así sobrevivir, en un sentido más amplio, más democrático y más urgente.



La ilustración acompañó al presente artículo en la edición impresa de la revista